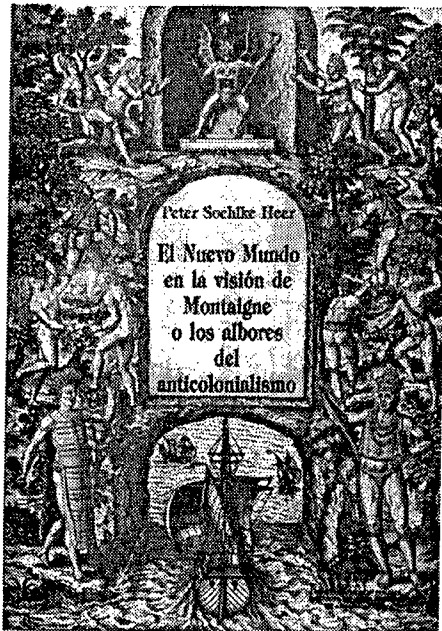


Montaigne y el Nuevo Mundo

Raúl González Fabre



La incorporación de América al horizonte de la civilización occidental causó profunda conmoción intelectual no sólo en las naciones ibéricas, sino también en el resto de Europa. Michel de Montaigne, humanista francés del siglo XVI, se interesa por el acontecimiento y lo hace tema principal en dos de sus *Ensayos* más conocidos -«De los caníbales» y «De los coches»-. Su atención se centra, en el primero de ellos, en las culturas caribes del Brasil, con las que algunos expedicionarios franceses han tenido contacto directo. El segundo aborda las civilizaciones azteca e inca, lamentando tantas posibilidades perdidas con el brutal esquema de conquista destructora que acaban de sufrir.

El profesor Peter Soehlke nos regala un interesante estudio interpretativo sobre este aspecto poco conocido de la obra de Montaigne. La perspectiva del renacentista francés sobre los pueblos americanos destaca por su originalidad, a la vez que prefigura algunos de los grandes temas antropológicos de la Ilustración. Metodológicamente, Montaigne intenta acercarse cuanto le es posible a la realidad cultural sobre la que va a discurrir: reúne objetos e historias, consulta fuentes escritas, entrevista testigos e indígenas llevados a Francia, investiga el idioma... El resultado de sus indagaciones, nos dice Soehlke, es el descubrimiento del Otro en los pueblos americanos, un Otro que interpela éticamente a las culturas europeas.

UNA CONFRONTACION ETICA

Montaigne descubre las mejores virtudes en los pueblos indígenas americanos, o se las atribuye. Esas virtudes son precisamente las que faltan en el europeo que se les acerca, incapaz de reconocer al Otro. Los indígenas constituyen así la contrafigura ética de los conquistadores; y tal diferencia explica la facilidad con que ocurre la dominación.

Sobre esa contrafigura, el humanista construye un reproche hacia la intolerancia y la codicia en su propia cultura, tras el cual el profesor Soehlke intuye el trauma de las guerras de religión en Francia y tal vez la experiencia de extrañamiento de una familia de judíos conversos. La animadversión hacia España no es tan grande como la que Montaigne muestra hacia toda forma de exclusión del Otro, incluso en su propio país, aunque consi-

dere a la monarquía española especialmente representativa de esa actitud.

A diferencia de sus predecesores y contemporáneos españoles en la denuncia del etnocidio, Montaigne no funda el reconocimiento a los pueblos indígenas en razones teológicas, sino en las que llamaríamos ahora «humanitarias». Por ello, los indígenas han de «ganarse» con sus virtudes el reconocimiento, y Montaigne no duda en cargar la mano a la hora de describir esas virtudes, colaborando así al parto del «buen salvaje», que tan importante papel filosófico habría de jugar en la Ilustración.

EL AUTOR TRAS SU ENSAYO

Peter Soehlke no se limita en su libro a darnos cuenta interpretativa del contenido «americano» de los ensayos mencionados, sino que va más allá, buscando al autor detrás de su obra. Para ello, analiza en detalle el lugar social y espiritual de Montaigne, el género literario que emplea -ensayo-, su afición a autores disconformes y disidentes de la visión oficial, y las fuentes escritas sobre América que escoge -Las Casas, Thevet, Benzoni, Léry y Gomara-. Tras hacer esto en detalle, Soehlke puede proponer que la aventura intelectual -y espiritual- del humanista francés responde a un «dilaceramiento» profundo de su ser, que no consigue identificarse del todo con el mundo que le rodea. Esa no identificación abre la brecha para el reconocimiento del Otro justamente en cuanto distinto.

Aparte de la mayor o menor ingenuidad con que Montaigne hiciera ese reconocimiento, el valor de las conclusiones de Soehlke va más allá de la comprensión de un autor o de una visión de América. Nos deja una inquietud, no formulada explícitamente en el estudio, sobre nuestra propia comprensión del Nuevo Mundo, amenazada actualmente en su Otredad por la civilización del mercado global. Las circunstancias son distintas y su complejidad mucho mayor, pero tal vez sigamos oscilando en el Continente entre atribuirnos las virtudes del buen salvaje, o reconocernos sólo en el espejo que el conquistador pone ante nuestros ojos. El notable estudio del profesor Soehlke, tal vez sin pretenderlo, nos deja de nuevo ante una cuestión ya clásica: quién ve y desde dónde por nuestros ojos, cuando miramos a América.

SOEHLKE, Peter. *El Nuevo Mundo en la visión de Montaigne, o los albores del anticolonialismo*. Instituto de Altos Estudios de América Latina. U.S.B. Caracas, 1993.